

Mirar la ciudad. Espacio, comunicación y cultura urbana

MARTA RIZO GARCÍA¹

*Una ciudad que pertenezca
a un solo hombre no es una ciudad.
Sófocles*

MIRAR LA CIUDAD: UNA INTRODUCCIÓN

Comprender el entorno urbano requiere una mirada abierta y, sin duda, interdisciplinaria.² El espacio urbano no sólo debe abordarse como la dimensión física de la ciudad, sino que es fundamental incorporar las experiencias de quienes habitan en ella, que son muy diversas y dependen de las expectativas, los logros, las frustraciones y los anhelos de los sujetos. Hace ya varias dé-

¹ Doctora en Comunicación por la Universidad Autónoma de Barcelona. Profesora-investigadora de la Academia de Comunicación y Cultura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel II. mrizog@yahoo.com.

² Algunas de las ideas vertidas en este artículo se retoman de publicaciones anteriores, como las siguientes: Rizo, M. (2005). La ciudad como objeto de estudio de la comunicología. Hipótesis, preguntas y rutas para la construcción de un estado del arte sobre la línea de investigación ciudad y comunicación. En *Revista Andamios*, Año 1, Núm. 2, junio 2005, pp. 197-225, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México; Rizo, M. (2010). Imágenes de la ciudad. Comunicación y culturas urbanas. En: *Revista Question*, Vol. 1, Núm. 8, 2010, en línea, disponible en <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1127>.

casas, Ledrut (1974: 23, 24) apuntó que la ciudad, “no es una suma de cosas, ni una de éstas en particular. Tampoco es el conjunto de edificios y calles, ni siquiera de funciones. Es una reunión de hombres que mantienen relaciones diversas”. La comunicación entre los habitantes es, pues, un elemento ineludible en el abordaje de la ciudad.

Los estudiosos de las ciudades, igual que los sujetos que las habitan, se encuentran hoy con un espacio urbano repleto de incertidumbres y ambigüedades. Es por ello que los afanes de comprensiones e interpretaciones totalizadoras se convierten en intentos realizados sin mucho éxito. Este rasgo de indeterminación de la ciudad ha llevado a hablar de ésta como un sistema anárquico y arcaico de signos y símbolos (Harvey, 1998: 83), o como un símbolo de las tensiones entre la integración cultural y lingüística, de un lado, y la diversidad, la confusión y el caos, de otro (Jelin, 1996: 1). La indeterminación de la ciudad es retomada también por Amendola, quien considera que:

[...] la ciudad no se constituye sólo por el espacio de la función, de la previsión y de la causalidad, sino también por aquél de la casualidad, del azar y de la indeterminación. En el paseo se revela la posibilidad de explorar la ciudad en numerosas direcciones, encontrando cada vez nuevos significados, épocas, símbolos, proyectos colectivos y personales (Amendola, 2000: 101).

En un sentido similar, Delgado (1999a: 12) apuesta por la necesidad de una antropología urbana que aborde “configuraciones sociales escasamente orgánicas, poco o nada solidificadas, sometidas a oscilación constante y destinadas a desvanecerse enseguida [...] una antropología de lo inestable, de lo no estructurado”.

La ciudad es un escenario colectivo de encuentro, de contestación y acomodo, de dominio o subalternidad, de contacto entre culturas diferentes (Pratt, 1991). Como tal, la ciudad facilita la emergencia de nuevas formas de interacción –y por tanto, de comunicación–, diálogo o conflicto. Así lo afirma Rossana Reguillo:

La ciudad es espacio de investigación prioritario y privilegiado, en la medida en que no es solamente el escenario de las prácticas sociales, sino fundamentalmente el espacio de organización de la diversidad, de los choques, negociaciones, alianzas y enfrentamientos entre diversos grupos sociales por las definiciones legítimas de los sentidos sociales de la vida (Reguillo, 1995: 122).

Una ciudad se reconoce como tal en tanto se diferencian en ella grupos que interactúan entre sí a partir de la necesidad práctica de convivir. De hecho, no puede pensarse la existencia de un ámbito social urbano sin reconocer la interacción y comunicación entre los grupos sociales. La experiencia urbana se desarrolla en la convivencia de los grupos, en una comunicación ideal basada en la negociación, el diálogo y el entendimiento. Es en esta relación de convivencia donde los grupos buscan su identidad e intentan imponerse –en el sentido de dotarse de visibilidad como grupo– para satisfacer sus expectativas.

La ciudad, desde una perspectiva sistémica, se puede entender como ente reflexivo, con capacidad para actuar sobre sí misma, “no sólo sobre el espacio construido y sobre el esquema organizativo sino también sobre el *software*, sobre su cultura, sobre la atmósfera. La ciudad nueva contemporánea intenta ser una ciudad que refleja, que organiza y torna exaudibles los deseos” (Amendola, 2000: 63). Por otra parte, la idea de imaginario social acerca a una forma de comprender la ciudad que pone el énfasis en su dimensión simbólica o de representación social. El imaginario social se entiende como el conjunto de representaciones colectivas que rigen los sistemas de identificación y de integración social. Pintos (2000: 2) lo define como aquellos esquemas, contruidos socialmente, que nos permiten percibir algo como real, explicarlo e intervenir operativamente en lo que en cada sistema social se considere como realidad.

Abordar la ciudad desde una mirada que ponga énfasis en lo comunicativo no puede obviar elementos y características de las ciudades, como su diversidad, la multiplicidad de experiencias de quienes habitan en ella y sus rasgos territoriales o espaciales. En las siguientes páginas se presenta un recorrido por algunos de los rasgos de la ciudad, vista como espacio, como experiencia, como diversidad y, por último, como sistema de comunicación.

LA CIUDAD COMO ESPACIO SOCIAL

“La ciudad no es ya un simple contenedor, pues ella es espacio, esto es, lugar particular del hecho social que lo produce al generar, potenciar y encauzar fuerzas que sólo son dinámicamente posibles en él y desde él” (Mejía y Zambrano, 2000: 12-13). Esta definición nos acerca al concepto de espacio social, ampliamente desarrollado por Bourdieu (1992) a partir de su idea de campo o estructura social objetiva.

Para el autor, el espacio social es un sistema de posiciones sociales que se definen las unas en relación con las otras, y que por tanto, ponen en evidencia la desigualdad y las relaciones de poder. El espacio social es, en definitiva, un sistema de diferencias sociales jerarquizadas en función de un sistema de legitimidades socialmente establecidas y reconocidas en un momento determinado.

En las ciudades modernas, caracterizadas por un alto grado de diferenciación y complejidad, el espacio social se torna multidimensional y se presenta como un conjunto de campos relativamente autónomos, aunque articulados entre sí: el campo económico, el campo político, el campo religioso, el campo intelectual, etcétera. Un campo, es una esfera de la vida social que se ha ido haciendo autónoma progresivamente a través de la historia en torno a cierto tipo de relaciones sociales, de intereses y de recursos propios, diferentes a los de otros campos.³

La ciudad puede ser vista como un conjunto de campos, o bien como un campo en ella misma, sobre todo con base en la consideración del campo como espacio de juego (Bourdieu, 1992). Tal y como afirma Delgado (1999b: 25), las relaciones urbanas son, en efecto, estructuras estructurantes, puesto que proveen de un principio de vertebración, pero no aparecen estructuradas —esto es, concluidas o rematadas—, sino estructurándose, en el sentido de estar elaborando y reelaborando constantemente sus definiciones y sus propiedades, a partir de los avatares de la negociación ininterrumpida a la que se entregan unos componentes humanos y contextuales que rara vez se repiten.

Las ciudades tienen una dimensión geográfica y una dimensión simbólica. El concepto de espacio público articula ambas dimensiones, ya que la ciudad incluye una gran variedad de espacios públicos que la caracterizan y constituyen su imagen (calles, edificios públicos, plazas, esculturas, mobiliario urbano, puentes, etcétera). Todos estos espacios son significados por las personas que habitan la ciudad. Según Lynch (1960), un elemento o un espacio urbano entra en el mundo percibido de las personas o de las colectividades cuando reúne tres

³ Bourdieu (1992:73) recurre a la metáfora del juego para dar una primera imagen intuitiva de lo que entiende por campo. Éste sería “un espacio de juego relativamente autónomo, con objetivos propios a ser logrados, con jugadores compitiendo entre sí y empeñados en diferentes estrategias según su dotación de cartas y su capacidad de apuesta (capital), pero al mismo tiempo interesados en jugar porque creen en el juego y reconocen que vale la pena jugar”.

elementos: la identidad, que lo distingue de otros elementos; la estructura, que marca una relación entre el observador y lo observado; y el significado, entendido como una implicación emotiva y funcional para el sujeto que otorga cierto sentido a su entorno.

Diversas aproximaciones de la vida en la ciudad enfatizan el detrimento de la vida pública y el repliegue hacia lo privado, hacia el espacio doméstico. Pero la ciudad nace como espacio público que da sentido y pautas a lo privado (Amendola, 2000: 265), o lo que es lo mismo, la identidad personal tiene en el espacio uno de sus referentes más importantes, de modo que puede ser acertado hablar de la identidad de lugar o *place-identity* (Hunter, 1987).

El espacio público tiene como virtud principal ser a la vez espacio de representación y espacio de socialización, esto es, de copresencia e interacción ciudadanas. Este último aspecto es de vital importancia si se considera que la socialización es posible gracias a la interacción comunicativa entre sujetos sociales, y entre sujetos y objetos. En este sentido, el espacio público coincide con el espacio cotidiano de los juegos, de las relaciones causales con los otros, del recorrido diario entre las diversas actividades y del encuentro (Borja y Muxí, 2001: 95). Como espacio de representación, sin embargo, pudiera parecer que la ciudad tiende a constituirse en un escenario organizado en torno al anonimato y la ignorancia mutua, las relaciones efímeras, y aparentes o simuladas.⁴

El abordaje teórico del concepto de espacio público requiere, además, la comprensión de la territorialidad como dimensión primordial de su existencia. Así entonces, el espacio público, como constructor de identidades, sólo puede existir si los que habitan la ciudad lo dotan de un significado de propiedad, o lo que es lo mismo, si los habitantes logran apropiarse⁵ de él:

⁴ Al respecto, Amendola (2000: 266) afirma que “todos añoramos el espacio público porque advertimos la falta del ágora y del espacio de los acontecimientos y con ellos notamos la ausencia de la interacción y de la variedad que los espacios del mercado y de las representaciones sociales permiten”. Sin embargo, si bien es cierto que en la ciudad postmoderna se advierte un anonimato creciente, no suscribimos que se esté dando la total desaparición del espacio público como lugar de encuentros e interacciones sociales.

⁵ El concepto de apropiación es antónimo al de alienación. La apropiación es un proceso dialéctico y cíclico entre una componente de acción y otra de identificación simbólica. “Mediante la acción sobre el entorno, la persona y la colectividad transforman el espacio, dejando su impronta, y lo incorporan en sus procesos cognitivos y afec-

La identificación de los individuos con un área que interpretan como propia, y que se entiende que ha de ser defendida de intrusiones, violaciones o contaminaciones. En los espacios públicos la territorialización viene dada sobre todo por los pactos que las personas establecen a propósito de cuál es su territorio y cuáles son los límites de ese territorio (Delgado, 1999b: 30).

En este sentido, las personas o grupos pueden definirse a sí mismas con base en una identificación con un entorno urbano concreto, sea cual sea su nivel de abstracción (barrio, área o ciudad). Por lo tanto, hablar de identidad social urbana, con relación al espacio público, supone tomar en cuenta varias dimensiones, tanto espaciales como sociales e ideológicas. Todas estas dimensiones se articulan en torno al denominado espacio simbólico urbano, entendido como un elemento urbano que identifica a un grupo social vinculado a este entorno. Dicho de otra forma, vincular el espacio urbano con la apropiación simbólica permite un acercamiento entre los conceptos de espacio e identidad.

Como espacio distinto al espacio público, más no antagónico, hallamos el espacio privado, aquél destinado a la vivencia y experiencia íntima, familiar, doméstica. Si en la antigüedad dicho espacio estaba limitado a los componentes anteriores, en la actualidad no se puede afirmar que exista un espacio privado prístino, ajeno a lo público, totalmente diferenciado de éste. Si lo público existe como extensión y visibilización de lo privado, este último debe su existencia, hoy en día, a la entrada de la dimensión pública en su seno.

Otro eje analítico importante para el abordaje de la ciudad lo constituyen las dimensiones espaciales de centro y periferia. En las ciudades actuales, los centros constituyen los motores de su existencia y cambio. El centro es la ciudad del deseo que produce y soporta imágenes y realidad (Amendola, 2000: 32), es la ciudad representada mediáticamente, imaginada. Es la esencia de la ciudad, lo mostrable, lo que de forma casi automática atribuimos a la representación que nos hacemos de cualquier ciudad. El centro, de alguna manera, representa a la ciudad entera.

Si el centro genera la imagen de la ciudad, la periferia está destinada a sumergirse en el mundo de lo invisible, de lo no mostrado, hasta

tivos de una manera activa y actualizada. Es decir, lo dotan de significado individual y social a través de los procesos de interacción" (Pol y Valera, 1999: 4).

de lo escondido. Dicha parte residual de la ciudad “no tiene fuerza para producir una imagen diferente de sí misma. Es la ciudad de las periferias y de los marginados, los residuos de la *coketown* sin tiempo. Es la no ciudad, o mejor dicho, la ciudad de los no-lugares” (Amendola, 2000: 32). El no-lugar debe ser entendido como lo que posibilita la desimbolización del espacio.⁶

En un sentido similar se encuentra la lectura de Moreno (1991:100) en torno a la división del espacio social de la ciudad entre centro y periferia. Para la autora, el centro es el espacio en el que se ubican quienes se ocupan de reglamentar la vida del colectivo, mientras que la periferia estaría formada por los restantes espacios sociales ocupados por otros y otras mujeres y hombres y sobre los que se erige ese Centro, simbolizado como superior.

EL BARRIO, TELÓN DE FONDO DE LA COMUNICACIÓN

El barrio es una estructura tan antigua como la misma ciudad, aunque su naturaleza y función hayan variado significativamente a lo largo de su historia. Pese a estas transformaciones, las estructuras de barrio sobreviven no sólo en los espacios de la ciudad tradicional, sino en las nuevas agrupaciones que se transforman de diversas formas para recuperar de nuevo su antigua condición de barrio, proceso que ocurre con la mediación de procesos sociales (migraciones, cambios en la estructura familiar y otras instituciones) y económicos (industrialización, auge del sector terciario, proceso de concentración o dispersión de la actividad económica, entre otros).

Como asiento de una determinada comunidad, el barrio sirve como marco de vida para el desarrollo de la actividad humana. Su escala permite la interacción y solidaridad entre individuos, el aprendizaje, la expresión política, el desarrollo de una base económica y diversos niveles de privacidad (Chermayeff y Alexander, 1967) necesarios para la vida familiar y doméstica. En este sentido, el barrio ejerce de mediador entre los espacios públicos y los espacios domésticos, y se erige como uno de los escenarios básicos de las prácticas comunicativas –las interacciones cotidianas– de los habitantes de la ciudad.

⁶ En términos de Augé (2001: 92), el no-lugar es “un espacio donde no puede leerse identidad, ni relación ni historia”.

Siguiendo la reflexión de Buraglia (1999), el barrio se caracteriza por la comunicabilidad, la sociabilidad, la sostenibilidad, la variedad, la recursividad, el arraigo, la seguridad, el control, la tolerancia, la solidaridad y la prospección. Según el autor, y desde un punto de vista socioespacial, el barrio es contenedor de componentes como el territorio, la centralidad, los equipamientos sociales y los referentes. Poniendo el acento en la comunicabilidad, Amendola afirma que “la ciudad tiende a desaparecer para dejar lugar a los barrios en tanto unidades constitutivas dotadas no sólo y no tanto de funcionalidad como de riqueza simbólica, donde todavía queda la posibilidad de una real comunicación horizontal entre sus habitantes” (Amendola, 2000: 123). Esto permite considerar al barrio como el contenedor básico de las negociaciones comunicativas que tienen lugar en el espacio urbano.

Más atención requieren las funciones atribuidas a los barrios. Desde la sociología urbana se ha entendido el barrio como articulador entre las diversas escalas de la vida social urbana, integrador de la vida familiar, referente espacial, generador de identidad, articulador entre diversos grados de privacidad e integrador de las redes sociales de solidaridad y apoyo.

El barrio, por tanto, es el escenario en el que se gestan las identidades urbanas múltiples que se entretejen en el espacio de la ciudad. La identidad sociocultural de los actores de las urbes tiene como fundamento los conocimientos que éstos van construyendo a lo largo de sus vidas, por medio de las interacciones cotidianas de las que participan y que les permiten ir construyendo un sentido de pertenencia. La pertenencia está relacionada con la apropiación del espacio, que puede ser considerada de uno (apropiación individual), de un grupo (apropiación colectiva) o de todos (apropiación social). Valera y Pol (1994) destacan que la dimensión territorial de una determinada categoría social urbana resulta un elemento de gran relevancia dentro de los procesos de identificación endogrupal, así como de diferenciación con el exogrupo. Así entonces, un determinado barrio puede distinguirse de otro en función de las características de los sujetos que lo habitan. Y a la inversa, las personas se identifican, antes que con su ciudad, con el barrio, por ser éste el entorno que permite una interacción mayor, y a la vez, por ser el barrio el lugar más próximo y conocido.

LA CIUDAD COMO EXPERIENCIA

La cultura contemporánea se caracteriza por la exaltación de lo vivencial, por la recuperación de la propia experiencia como valor privilegiado para la construcción del sujeto social. Así entonces, la ciudad no es sólo un lugar ocupado, sino más bien un lugar practicado, usado, experimentado. Un lugar vivido en toda su dimensión. O como afirma Baigorri (1995: 1), la ciudad es el espacio físico de la coexistencia. Y en este sentido, se erige como escenario o marco idóneo para la coexistencia de experiencias diversas.

Tradicionalmente, se distingue una doble concepción de la experiencia a lo largo del pensamiento occidental. Por un lado, está la experiencia externa, asociada a los sentidos y a la concepción autosuficiente del objeto; esta tradición va desde Demócrito hasta el neopositivismo, pasando por Platón y los empiristas ingleses. Por otro lado, se habla de la experiencia interna, asociada a la imposibilidad de separar el sujeto del mundo en el acto de conocer, en la tradición que va desde Heráclito y Gorgias hasta los posmodernos, pasando por ciertas interpretaciones aristotélicas, algunas concepciones idealistas implícitas en Descartes, Leibniz, Berkeley y Kant, el vitalismo de Bergson y el psicoanálisis. El anclaje articulado de esta doble visión tiene lugar, sin duda, en la tradición de la fenomenología. Desde los antecedentes hegelianos hasta Husserl, Heidegger, Schütz y Merlau-Ponty, se traza un puente entre la experiencia como aprehensión del entorno a través de los sentidos (experiencia externa) y la experiencia como vivencia del mundo por el sujeto en sus dimensiones sensorial y simbólica (experiencia interna).

En las últimas décadas, el concepto de experiencia se ha convertido en clave para entender los cambios que está viviendo el espacio urbano, ya que implica la consideración del sujeto como activo en la representación de la ciudad. En este sentido, el ciudadano se convierte en un “actor que construye una ciudad propia, absolutamente personal pero no por ello menos verdadera y menos ciudad, hecha de itinerarios, gustos, redes de relaciones, imágenes, deseos y prácticas” (Amendola, 2000: 105).

El actor social, por lo tanto, no se limita a recitar un papel, pues el papel se interpreta pero la experiencia va más allá: se vive. Estas consideraciones son el punto de partida de los estudios acerca de los imaginarios urbanos, que buscan, como afirma Gorelik (2004: 7), “hacer pre-

sente lo que la gente realmente desea o siente, la multiplicidad de sus experiencias frente a la ambición reduccionista de los planificadores”.

Así entonces, la ciudad experimentada es trazada por la propia subjetividad del individuo que la vive. En palabras de Amendola (2000: 105), con una especie de *zapping*, la persona elige lugares, estilos, imágenes, códigos, ángulos y los combina en una experiencia personal. Una experiencia que, si bien es compartible, nunca es transferible de forma idéntica de unos a otros sujetos. De ahí que la idea de la homogeneidad de la ciudad sea sólo una falacia y tenga poco sentido: la ciudad es palimpsesto. Es un ser inacabado, que se va construyendo de acuerdo con los recorridos que en él se efectúan (Imbert, 1987: 191). El mismo autor, basándose en las aportaciones de Sansot (1998: 193), afirma que “la ciudad es, ante todo, un ser paradójico: obra del hombre, resultado de un querer-ser histórico y, sin embargo, actante inconexo, no jerarquizado, susceptible de lecturas y recorridos varios. Estructura abierta, si las hay”.

La calle, como espacio público por excelencia, es el lugar privilegiado para la vivencia o experiencia urbana. A la manera como lo expresaría Durkheim (1970), la calle es el escenario de prácticas, de formas de hacer, ajenas al espacio geométrico o geográfico que se ha construido desde fuera, con base en premisas teóricas y abstractas. En la calle se ponen en escena las diversas formas de vivir y experimentar lo urbano: es entonces el lugar en donde convergen los haceres, los sentires, los deseos de los que habitan la ciudad. Es el espacio en donde prima la interacción, y por tanto, el espacio de comunicación por excelencia.

Una de las expresiones que mejor sintetizan la concepción de la ciudad como experiencia es la de “ir-haciendo-la-Ciudad-a-través-de-la-vida-en-ella”, en el sentido de que la ciudad no nace hecha, sino que es a través de la experiencia de quienes la viven como la ciudad toma forma y adquiere sentido como tal.

LA CIUDAD COMO DIVERSIDAD

Como espacio experimentado, vivido, la ciudad agrupa las más diversas formas de ser, sentir, hacer y vivir. Es, pues, cuna de la diversidad. Algo que pudiera parecer intrínsecamente positivo –la diversidad como enriquecimiento colectivo–, deviene sólo una ilusión, pues en nombre de la diversidad se legitiman prácticas discriminadoras que hacen que la desigualdad se anteponga a lo diverso, a lo distinto.

Las ciudades con altos índices de población inmigrante, por ejemplo, llevan al extremo ambos rasgos: diversidad y desigualdad. Pero no se debe reducir el asunto de la diversidad a la llegada de inmigrantes. La condición heterogenética de las ciudades modernas ya fue puesta de manifiesto en la primera mitad del siglo xx, desde la Escuela de Chicago.⁷ Esta condición confirma que una metrópoli no puede estar hecha de otra cosa que de gente de todo tipo, llegada de todo el mundo (Delgado, 1998: 29).

Otra imagen es la de la ciudad como heterotopía. Siguiendo a Foucault (1984), la ciudad heterotópica estaría a caballo de la ciudad vivida –ciudad tópica– y la ciudad soñada o imaginada –ciudad utópica–. En este sentido, la heterotópica es una ciudad donde no hay nada orgánico, un espacio sin territorio ni código, disperso pero opaco (Delgado, 1998: 44). En palabras de Foucault la ciudad heterotópica está constituida de:

[...] lugares reales, lugares efectivos, lugares que están diseñados en la institución misma de la sociedad, que son especies de contraemplazamientos, especies de utopías efectivamente realizadas en las cuales los emplazamientos reales, todos los otros emplazamientos reales que se pueden encontrar en el interior de la cultura, están a la vez representados, cuestionados e invertidos, especies de lugares que están fuera de todos los lugares, aunque sean sin embargo efectivamente localizables (Foucault, 1984: 3).

Los procesos de desterritorialización y reterritorialización son también fundamentales para comprender la condición diversa de la ciudad contemporánea. Por una parte, la ciudad se desterritorializa porque en su seno todo lo que concurre y ocurre es heterogéneo, movable, dinámico. Por la otra, los espacios urbanos recobran sentido al ser reusados, reutilizados, experimentados y vividos por nuevas personas, quienes ponen en escena prácticas distintas, a partir de objetos, signos y símbolos distintos. De algún modo, tiene lugar un *melting pot* cultural y sígnico (Amendola: 2000: 74).

⁷ Robert Ezra Park, el inspirador de la Escuela de Chicago, veía en la ciudad el sitio del surgimiento del individuo como unidad de pensamiento y de acción (Park, 1979: 165). Su aproximación ecológica a la ciudad plantea, entre otras cosas, la existencia de áreas naturales de segregación dentro de las ciudades. Según Park, la diversidad de las ciudades define una nueva forma de existencia, esto es, nuevos y distintos patrones de interacción social, de comportamiento y de organización comunitaria.

Las interacciones o relaciones comunicativas que operan en el seno de los espacios urbanos, así entonces, se fundamentan no tanto en la relación con los semejantes sino, en mayor medida, con aquellos que son diferentes a nosotros: El nudo es nuestra relación con el otro, con aquel que la cultura tradicionalmente etiqueta como extranjero, sea éste el viajero, el *outsider*, el refugiado, el mercader y hasta el esclavo (Amendola, 2000: 278).

La coexistencia con lo diferente, con lo diverso, hace que los límites de lo urbano, de la ciudad vivida, se hagan hoy más inciertos que nunca, de manera que lo ignoto se insinúa cotidianamente en la ciudad a través de la presencia del otro y de lo extraño.

Un contexto de diversidad no augura necesariamente una convivencia plena entre los que hacen posible esa diversidad. A menudo la convivencia se da sólo de forma aparente, sobre la base de una razón estética que elogia lo exótico de la diferencia. Una convivencia real debería ir más allá y operar sobre la declaración de la posible no comprensión del otro: convivo contigo también si no te comprendo (Amendola, 2000: 284). Esta convivencia estaría basada en la voluntad y capacidad de imaginar al mundo e imaginarse a uno mismo desde los ojos del otro.

Sirvan dos últimas imágenes para ilustrar la ciudad como cuna de una diversidad que, frecuentemente, fomenta la desigualdad. La primera imagen se refiere a la segregación, que impone a un grupo inferiorizado un territorio para autoorganizarse y le restringe la movilidad en el resto de zonas en que puede dividirse una ciudad (Delgado, 1998: 183). La segunda imagen es la de la gentrificación, esto es, “el recambio de la población de un área mediante la introducción de grupos sociales superiores por intervenciones de recuperación, tanto inmobiliarias como urbanas” (Amendola, 2000: 29). Esta última imagen nos acerca a la idea de una suerte de isla de bienestar que actúa en el espacio público como tapadera de la exclusión, de la segregación.

LA CIUDAD Y LA COMUNICACIÓN

Los enfoques de la comunicación están enriqueciendo el abordaje, la explicación y el análisis de lo que representa la ciudad desde un punto de vista social, económico, político o urbanístico. A los enfoques sociológicos, económicos, antropológicos y urbanísticos, así pues, hay que sumar la relevancia que toma la ciudad como objeto de estudio primordial para la Comunicación.

Aunque las preguntas por la ciudad y las formas de vida que se dan en ella no constituyen una novedad en el campo de la comunicación, se puede afirmar que, en la actualidad, estas preocupaciones requieren una mirada más abierta, interdisciplinar, que no reduzca los estudios a los conjuntos de prácticas comunicativas que tienen como telón de fondo el espacio ciudadano. Esto quiere decir que, si bien se ha abordado la ciudad desde la comunicación, se aprecia una falta de problematización del papel mismo de la ciudad como generadora de formas de socialidad y de comunicación específicas. Los estudios sobre prácticas culturales-comunicativas, por un lado, y los estudios acerca de la presencia de los medios de comunicación en el espacio urbano y de la construcción mediática de las ciudades, por el otro, han sido las temáticas predominantes en las investigaciones que han abordado la cuestión desde la disciplina de la comunicación. En palabras de Reguillo,

[...] la pregunta por la comunicación en la ciudad no se reduce a la infraestructura de los sistemas comunicativos, a la configuración de públicos en relación a esta infraestructura, aunque unos y otros de estos elementos sean parte consustancial de todo estudio sobre la ciudad y puntos de partida para el análisis, mientras no conviertan a la ciudad en un sistema cerrado o se diluyan en una apertura infinita (Reguillo, 1997: 27)

El trinomio territorio-identidad-acción colectiva puede abrir para las Ciencias de la Comunicación la posibilidad de análisis más complejos y finos sobre temas hasta ahora casi olvidados, como son la interacción comunicativa –que sitúa el debate en la construcción y mantenimiento de relaciones sociales–; la lucha por la apropiación y definición legítimas de objetos y prácticas sociales –que nos sitúa en los estudios acerca del poder y la construcción de la hegemonía–; y las fuentes de las que se nutren las representaciones y el imaginario colectivo que orientan a la acción, esto es, la presencia de los medios no como simples emisores de imágenes sino más bien como mediadores entre el ser y el hacer, como constructores de identidades específicas. Suscribiendo a Capel, desde esta perspectiva lo que cuenta es, sobre todo, las intensidades de las interrelaciones que se anudan en el interior del espacio urbano (Capel, 2001), en el entendido de que las interrelaciones tienen como fundamento a la interacción comunicativa.⁸

⁸ Esta última afirmación se relaciona con que la mercancía más importante que se

“Entre las muchas representaciones (o imágenes y paradigmas) utilizadas para interpretar la ciudad, aquella que la ve como un sistema de comunicación es probablemente la más actual y significativa” (Gómez, 1998: 1). Sistema es definido como un conjunto complejo e interrelacionado de espacios, actores y acciones en actividad constante. Uno de los principios básicos de la teoría de sistemas es que la sociedad no puede existir sin la comunicación; es en sí misma comunicación. Por ello, la afirmación que abre este apartado se sitúa, de algún modo, en una perspectiva sistémica tanto de la comunicación como de la ciudad.

Mela (1994) considera que el entorno o sistema urbano puede ser planteado como producto de la interdependencia de tres subsistemas con lógicas de funcionamiento, reglas y dinámicas autónomas: un sistema de localización de la actividad; un sistema de comunicación física, y un sistema de comunicación social. El primer subsistema haría referencia a los campos sociales que constituyen una ciudad; el segundo contiene todo lo referente a los soportes físicos empleados para la transmisión de información; y el tercero, por último, englobaría las formas de comunicación, de interacción comunicativa, que tienen lugar entre los diversos actores que conforman la ciudad.

Si la ciudad es un espacio de sociabilidad, de construcción de sujetos, mirar la ciudad desde la comunicación implica, en primer lugar, considerar la relación entre la cultura objetivada –lo que en palabras de Bourdieu (1992) constituyen los campos y sus capitales específicos– y la cultura incorporada o interiorizada –el *habitus*, siguiendo la propuesta del sociólogo francés. Ambas culturas se ponen en escena en forma de lo que él mismo denomina prácticas culturales. En palabras de Reguillo (1997: 24), esta consideración se resume en “la observación de la presencia de instituciones, discursos y prácticas objetivas en las representaciones de los actores urbanos”. La relación entre lo objetivo y lo subjetivo, dimensiones básicas de la cultura y, por ende, de la identidad cultural, puede ser mirada y objetivada en las prácticas sociales o culturales, a partir de ejes analíticos y organizadores de la ciudad como son lo público y lo privado, lo central y lo periférico y, en una dimensión más simbólica, lo legítimo y lo ilegítimo. Así entonces, la ciudad no se reduce a su dimen-

intercambia en una ciudad es la conversación, la información cara a cara, el rumor, etcétera (Borja y Muxí, 2001: 31).

sión espacial o campal –objetiva–, pero tampoco es sólo un conjunto de representaciones incorporadas por los sujetos. Es, como queda claro en la afirmación anterior, una compleja combinación entre ambas dimensiones.

La ciudad como construcción mediática

Las percepciones acerca de la ciudad contemporánea se alimentan en gran medida del imaginario urbano construido, representado y narrado por los medios de difusión masiva. Así entonces, la ciudad y sus representaciones mediáticas se producen mutuamente. Como constructores de la realidad, o difusores de representaciones sociales⁹ acerca del mundo, los medios configuran un determinado mito urbano. En palabras de Amendola (2000: 173), “viajamos atraídos por estas imágenes de ciudad y de lugares, frecuentemente sólo para encontrar en la experiencia la confirmación de la imagen conocida y para poder narrar nosotros mismos un relato de ciudad ya escrito”. En este sentido, la imagen urbana, en su dimensión mediatizada, es penetrante y constituye un importante factor de socialización que anticipa el conocimiento de las ciudades, que permite que éstas se convierten en algo conocido antes de haber sido vividas o experimentadas de forma directa.

En la misma línea se sitúa la reflexión de Gómez (1998: 3), quien afirma que “la construcción imaginaria de la ciudad, producida por las industrias de la cultura y de la comunicación, entabla individual y colectivamente un diálogo con el ciudadano, quien contrasta su visión con la versión mediática, retroalimentándose mutuamente”. En este sentido, se puede decir que los ciudadanos, como sujetos sociales, leen la ciudad como primer referente de su experiencia existencial, y a la vez, negocian sus percepciones y vivencias con las lecturas que vienen propuestas –o impuestas– por parte de los medios de difusión masiva. Se produce, así entonces, una negociación –que puede ser compartida o puede generar un choque– entre las cosmovisiones pro-

⁹ Hablar de representaciones sociales implica una referencia obligada al concepto de conciencia colectiva de Durkheim (1970). Esta noción “es del todo pertinente para comprender la sociedad contemporánea y sus diversas efervescencias, las que se efectúan en torno o a partir de sentimientos, de emociones, de imágenes, de símbolos, causas y efectos de esta conciencia colectiva” (Maffesoli, 2001: 101). En este sentido, la ciudad no se constituye únicamente de cosas materiales, sino que la idea que los individuos se hacen de la ciudad misma es tanto o más importante que la imagen material que la ciudad desprende o contiene.

ducto de la experiencia subjetiva de los individuos y las versiones que los medios construyen sobre la experiencia urbana.

Lo interesante del debate es ver hasta qué punto una y otra dimensión pueden entenderse de forma independiente. Es decir, ¿hasta qué punto podemos hablar de experiencias y percepciones subjetivas acerca de la ciudad sin tomar en cuenta la imagen que de ella transmiten los medios? Y a la inversa, ¿pueden los medios construir versiones sobre la experiencia urbana sin antes aprehender cómo es que está siendo vivida la ciudad por parte de los sujetos que la habitan? La imposibilidad de dar respuesta a una y otra pregunta permite hablar de la interdependencia entre las versiones e imágenes de la ciudad, entre la ciudad vivida y la ciudad construida mediáticamente.

Las imágenes que de la ciudad tienen sus habitantes se nutren, por tanto, de construcciones mediáticas. Sin embargo, vivir la ciudad aporta una experiencia que difícilmente puede ser substituida por la imagen que de ella difunden los medios. Esta afirmación se sustenta en que, a pesar de que una ciudad es impensable sin su relato, sin el imaginario o la representación que se crea en torno a ella, dicho relato es diferente al objeto que representa; no obstante, analíticamente es difícil, quizás imposible, cortar esta estrecha relación entre la ciudad y las narraciones que la toman como objeto para representar.

Y es que la ciudad puede ser mirada y vivida de muchas y muy diversas maneras. Las narraciones de los medios son, solamente, una forma posible de ver la ciudad. Dada esta multiplicidad de miradas, de formas de ver y vivir las ciudades, podemos decir que las fronteras entre la ciudad y los relatos que se hacen de ella tienden a perderse o, al menos, a difuminarse. Y a ello han contribuido en gran medida los discursos de los medios de comunicación, en los que “el mundo real se transforma en un espectáculo permanente en el que se eliminan las barreras entre actor y espectador, entre simulación y realidad, entre historia y ficción” (Amendola, 2000: 81-82). Las ciudades, por tanto, se viven no sólo de forma directa, con experiencias cotidianas de comunicación e interacción en los espacios públicos, sino también a partir de las representaciones que sobre ella transmiten los medios.

CIERRE: LECTURAS TRANSVERSALES SOBRE LA CIUDAD

A lo largo de estas páginas hemos visto que el abordaje de la ciudad, y de los entornos urbanos en general, requiere miradas interdiscipli-

narias, esto es, varios acercamientos que pongan énfasis a las diferentes dimensiones de lo urbano. Se ha recuperado, sobre todo, un abordaje que pone énfasis en el ámbito subjetivo de la ciudad, es decir, en las experiencias y vivencias de quienes la habitan, por un lado, y en las representaciones que de la ciudad se hacen estos mismos actores urbanos, por el otro. Para ello, se han presentado cuatro miradas específicas sobre los entornos urbanos, concebidos como espacio social, como cúmulo de experiencias, como escenario de la diversidad y como fenómeno comunicativo.

Queda claro que la ciudad, como espacio incierto y ambiguo, es un escenario colectivo de encuentro entre lo diverso, de experiencias variadas difícilmente clasificables, y de intercambios comunicativos o interacciones permanentes. Esta dimensión simbólica de la ciudad es susceptible de ser abordada de múltiples formas y a partir de un vasto número de conceptos y categorías. Aunque en este caso únicamente hemos presentado cuatro abordajes posibles, no negamos que existan otros muchos que también contribuyan a una mejor comprensión de nuestros entornos urbanos. Como espacio social, nos interesa la ciudad no sólo en términos físicos-territoriales, sino sobre todo entendida como campo de luchas, como espacio significado por las personas que lo habitan y como escenario en que la frontera entre lo público y lo privado se diluye o, al menos, pierde fuerza; desde el punto de vista de las experiencias, la ciudad se erige como un lugar practicado, usado, experimentado, vivido subjetivamente por quienes la habitan; como escenario de lo diverso, se pone el acento en la condición heterogenética y heterotópica de las ciudades, es decir, en la naturaleza diversa de la ciudad, por un lado, y en su carácter disperso y articulador de lo vivido-experimentado y lo soñado-imaginado, por el otro; desde el punto de vista de la comunicación, la ciudad se concibe como espacio de interacción por excelencia, y también como conjunto de imágenes o representaciones difundidas por medio de distintos vehículos, entre los que destacan los medios de comunicación, que promueven ciertas construcciones de lo urbano.

Es desde este lugar que estamos en condiciones de cerrar nuestras reflexiones presentando una suerte de lectura transversal sobre las ciudades y lo urbano. Lecturas que tratan de articular estas cuatro miradas expuestas a lo largo del texto de forma independiente pero que, sin duda alguna, presentan lazos y vínculos indisolubles. Así, la mirada de la ciudad como un espacio social no puede desvincular-

se de la representación que de ella hacen los medios, como tampoco puede aprehenderse sin tomar en cuenta las formas diversas de vivir y habitar la ciudad de los sujetos. Espacio, diversidad, experiencia y representación mediática van, entonces, de la mano. Como sistema de comunicación, la ciudad es el escenario básico de las experiencias de quienes la habitan, y como tal, genera identidades, formas de vivir, de actuar, de imaginar, de soñar. Experiencia y comunicación, por tanto, no pueden tampoco desvincularse. Desde el punto de vista de las construcciones mediáticas de la ciudad, hay que tomar en cuenta que los medios de comunicación difunden ciertas representaciones de las ciudades y, a la vez, contribuyen a esa debilitación de la frontera entre lo público y lo privado a la que nos referíamos anteriormente. Como constructores de realidades sobre lo urbano, los medios promueven ciertas formas de experimentar –de forma indirecta– las ciudades, a través de discursos específicos que determinan –o al menos condicionan– los comportamientos de los habitantes en los espacios urbanos. Nuevamente, experiencia y comunicación van de la mano. Al respecto, en el texto nos preguntábamos lo siguiente: ¿hasta qué punto podemos hablar de experiencias y percepciones subjetivas de la ciudad sin tomar en cuenta la imagen que de ella transmiten los medios? Sin duda alguna, y con la multiplicación y diversificación de discursos a los que tenemos hoy acceso en el entorno mediático digital, la ciudad que nos muestran los medios es una extensión de la que vivimos cotidianamente, y a la inversa. Por otra parte, el espacio urbano facilita ciertas experiencias, pues es en la calle donde se ponen en escena las múltiples formas de vivir y experimentar la ciudad. En la calle prima la interacción, y desde este punto de vista, la ciudad, como espacio social, es un espacio de comunicación. Espacio, territorio y comunicación es, por tanto, otro de los triángulos conceptuales con que podemos aproximarnos al estudio de la ciudad.

Sea cual sea el abordaje desde el que pretendamos acercarnos a los espacios urbanos, queda claro entonces que éstos no pueden sino ser aprehendidos desde múltiples lecturas y a partir de distintos conceptos que lo construyen como un espacio social contenedor de experiencias diversas, facilitador de la interacción, representado mediáticamente y, al fin y al cabo, articulador de múltiples formas posibles de vivir y experimentar nuestros mundos de vida.

REFERENCIAS

- Amendola, G. (2000). *La ciudad postmoderna*. Madrid, España: Celeste.
- Augé, M. (2001). *Ficciones de fin de siglo*. Barcelona, España: Gedisa.
- Baigorri, A. (1995). *La ciudad como organización física de la coexistencia*. Documento mimeografiado.
- Borja, J. y Muxí, Z. (2001). *L'espai públic: ciutat i ciutadania*. Barcelona, España: Diputació de Barcelona.
- Bourdieu, P. (1992). *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*. París, Francia: Seuil.
- Buraglia, D. (1999). *El barrio, desde una perspectiva socio-espacial. Hacia una redefinición del concepto*. Documento mimeografiado.
- Capel, H. (2001). *Dibujar el mundo. Borges, la ciudad y la geografía del siglo XXI*. Barcelona, España: Editorial del Serbal.
- Chermayeff, J. y Alexander, C. (1967). *Comunidad y privacidad*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Delgado, M. (1998). *Diversitat i integració*. Barcelona, España: Empúries.
- _____. (1999a). *El animal público*. Madrid: Anagrama.
- _____. (1999b). Dinámicas identitarias y espacios públicos. *Cidob d'Afers Internacionals*, 43-44, 17-33.
- Durkheim, É. (1970). *La science sociale et l'action*. París, Francia: Seuil.
- Foucault, M. (1984). De los espacios otros. Conferencia dictada en el Cercle des études architecturales, marzo de 1967, en *Architecture, Mouvement, Continuité*, N° 5, octubre.
- Gómez Mompert, J. (1998). *La configuración mediática de la ciudad contemporánea*. Conferencia en el IV Congreso de ALAIC: Recife, Brasil, 12-16 de septiembre de 1998.
- Gorelik, A. (2004). Imaginarios urbanos e imaginación urbana. *Bifurcaciones*, Santiago de Chile, Chile. Recuperado de <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/558/55800101.pdf>.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Hunter, A. (1987). The symbolic ecology of suburbia. En *Human Behavior and Environment*, Vol. 9. Nueva York: Plenum Press, 191-219.
- Imbert, G. (1987). Figuras de lo urbano (la ciudad y su reverso). En *Estudios Semióticos*, 13-14, Associació d'Estudis Semiòtics de Barcelona, 189-208.
- Jelin, E. (1996). Ciudades, cultura y globalización. Recuperado de <http://132.248.35.1/cultura/informe/art7.htm>.

- Ledrut, R. (1974). *El espacio social de la ciudad*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Lynch, K. (1960). *The image of the city*. Cambridge: MIT Press, Cambridge.
- Maffesoli, M. (2001). El imaginario social, en Vergara, A. (coord.), *Imaginararios: horizontes plurales*. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, 97-103.
- Mejía, G. y Zambrano, F. (Eds.). (2000). *La ciudad y las ciencias sociales*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- Mela, A. (1994). *La città come sistema de comunicazioni social*. Milán, Italia: Franco Angeli.
- Moreno, A. (1991). *Pensar la historia a ras de piel*. Barcelona, España: Editorial de la Tempestad.
- Park, R. (1979). La ville comme laboratoire social. En Grafmeyer, Y. y Joseph, I. (Eds.). *L'École de Chicago*. París, Francia: Ed. Du Champ Urbain.
- Pintos, J. (2000). Construyendo realidad(es): los imaginarios sociales. Recuperado de <http://www.usc.es/cpoliticas/mod/book/view.php?id=786>.
- Pol, E. y Valera, S. (1999). Symbolisme de l'espace public et identité sociale, en *Villes en Parallèle*, pp. 13-33. En línea, disponible en <http://www.ub.edu/escult/doctorat/html/lecturas/villes.pdf>.
- Pratt, M. (1991). *Imperial eyes. Travel writing and transculturation*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Reguillo, R. (1995). Pensar la ciudad desde la comunicación. En Galindo, J. y Luna, C. (Coords.). *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva*. México: ITESO-CONACULTA.
- _____. (1997). Los mitos gozan de cabal salud. El horizonte de las creencias colectivas en la modernidad mexicana. *Comunicación y Sociedad*, 27.
- Sansot, P. (1998). *Du bon usage de la lenteur*. París: Payot.
- Valera, S. y Pol, E. (1994). El concepto de identidad social urbana. Una aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental. *Anuario de Psicología*, 62 (3), 5-24. *